

El mito del judaísmo de Cristo

Joaquín Bochaca



editorial Kamerad



El mito del judaísmo de Cristo

Joaquín Bochaca

El mito del judaísmo de Cristo

“*La verdad es lo que se hace creer*”, decía Voltaire. Hoy, es una de esas *verdades* el judaísmo de Cristo. “*Jesucristo fue judío*”, es una frase que, pronunciada sólo hace un par de siglos atrás le habría podido costar a su autor el incurrir en los rigores de la Inquisición. Hogaño, esta frase, a fuerza de ser repetida, impresa y oralmente, millones de veces, se ha convertido en un axioma, en un lugar común, en algo tan indudable, que, si aún de repite a menudo es casi con el único objetivo de servir de escudo o de fianza moral a tal o cual grupo de judíos, para precaverse de la reacción de los no-judíos contra sus métodos comerciales, políticos o sociales. Cuando alguien dice, por ejemplo, que los inventores y la inmensa mayoría de propagadores del comunismo son judíos, que judíos son en abrumadora mayoría los miembros de la estafa internacional de la finanza y que también lo son - y lo fueron - tal o cual traficante de pornografía, estafador, criminal crapuloso, Ginzberg, Stavisky, Caryl Cheesmann, etc., en vez de replicar con argumentos lógicos y coherentes - como puede evidentemente hacerse, con mayor o menor fortuna - un enjambre de piadosos clérigos y bondadosos seculares os dirán, con unción que “*también nuestro Señor, Jesucristo, fue judío.*”

Y lo que más nos sorprende es que, en insólita vecindad con esos píos personajes, y haciendo coro con ellos, se hallan los anti-cristianos por definición, ateos, comunistas y toda la variada fauna de compañeros de viaje. En realidad para un cristiano y, concretamente, católico, Jesucristo no pudo ser judío. El católico que tildare de judío a Cristo cometería una herejía. Por lo menos, mientras que un nuevo concilio súper-aperturista no modificare el Credo y, allí donde durante siglos se ha dicho “*concebido por obra y gracia del Espíritu Santo*”, se mandará decir, por ejemplo, “*concebido por obra y gracia de Samuel Levy.*” Un judío, según el Talmud, según la legislación del actual Estado de Israel, y según seis años de tradición universalmente conocida, es descendente de un judío y de una judía. Para el creyente, Jesucristo es hijo de Dios, no de un hombre. Esto deja zanjado el asunto para el católico y para la mayoría de protestantes de buena fe.

Humanamente hablando, sólo puede considerarse judío a Jesucristo partiendo de indemostrados prejuicios o arropándose en la más crasa ignorancia. Es sabido que Cristo era galileo. La palabra Galilea (de *Gelil haggoyim*) significa textualmente *distrito de paganos*.⁽¹⁾ Parece ser que este rincón del norte de Palestina, tan alejado de su centro espiritual, Jerusalén, no tuvo nunca, racialmente hablando, una población homogénea y pura, ni siquiera en los tiempos antiguos en que Galilea era la patria de las tribus de Neftalí y Zabulón.⁽²⁾ Neftalí, sobre todo, se caracterizó desde el principio por su extracción muy mezclada⁽³⁾ y su población no-israelita se concentró sobre todo en Galilea. Cuando, diez siglos antes de Cristo, Israel se escindió en dos reinos independientes, Judea y Galilea, no hubo ningún lazo político entre ambos territorios, como no fuera en muy cortos intervalos... y es la unión política solamente, y no una relativa identidad de creencias religiosas lo que asegura la fusión de los pueblos.

En el año 720 a.C. Galilea había sido devastada por los asirios, y su población bien en su totalidad, según el historiador judío Graetz, bien en sus 4/5 partes, según el historiador Robertson Smith, deportada, siendo sustituida por gentes procedentes de Asiria y Grecia, semíticos y arios los primeros, y arios puros los segundos. Entre los dos historiadores coinciden en que, además de asirios y griegos se permitió la instalación de numerosas tribus de pastores escitas.

El húngaro Ferenc Zajhty pretende que “*los judíos estaban seguros de que Jesús no*

era de su raza.”⁽⁴⁾ Zajhty asegura que, en el siglo VII a.C. el rey asirio Salmanasar se llevó cautiva a *toda la población*, entonces parcialmente judía de Galilea. Los pastores escitas y los nuevos colonos griegos, asirios y macedonios, que subsiguientemente ocuparon el espacio de las poblaciones desplazadas, adoptaron el credo religioso judío, pero, según expresión de los propios judíos, “*estaban únicamente bajo leyes judías.*” “*Los judíos - termina Zajhty - nunca aceptaron a los galileos como verdaderos descendientes del santo patriarca Abraham.*”⁽⁵⁾

Durante los siglos que preceden al nacimiento de Cristo, se constata la inmigración de numerosas colonias de fenicios y griegos en Galilea, según Houston Stewart Chamberlain,⁽⁶⁾ y es especialmente Albert Reville⁽⁷⁾ quien precisa que las inmigraciones de los semitas (fenicios) superaron en razón de dos a uno las de los arios (griegos y macedonios) Alejandro Magno, en el 331 a.C. expulsó a los pobladores de Samaria, reemplazándolos con macedonios; una importante parte de esos macedonios emigró, a su vez, a la *tierra de los gentiles* o Galilea.⁽⁸⁾

Está fuera de toda duda que en las tierras de Galilea, fecundas y de fácil acceso - al revés de Judea, prácticamente incomunicada - cohabitaban multitud de razas, con la excepción de la propiamente llamada raza judía. En el Antiguo Testamento se cuenta cómo los pobladores de Galilea interpretaron la multiplicación de las bestias salvajes en su territorio como un signo de la venganza de los dioses del país, y delegaron una embajada al rey de los asirios pidiéndoles que les enviara un sacerdote israelita de los que él tenía cautivos, y el sacerdote vino y enseñó a los galileos *el culto del Dios de Jerusalén.*⁽⁹⁾ Así fue cómo los habitantes de la Palestina septentrional (Samaria y Galilea) llegaron a ser judíos por la religión, aún cuando los samaritanos llevaran muy poca sangre judía en sus venas, y los galileos prácticamente ninguna.

Graetz afirma que, entre las invasiones - seguidas de deportaciones - de los asirios, un pequeño número de judíos había vuelto a infiltrarse en Galilea, dedicándose a actividades comerciales y cambistas. Según el Libro I de los Macabeos, el caudillo hebreo Simón Tharsi reunió a todos los judíos que habían vuelto a Galilea y les obligó a regresar a Judea, *a todos, sin excepción* en el año 164 a.C.⁽¹⁰⁾

La originalidad del carácter nacional galileo queda marcada por otro signo infalible: la lengua. En los tiempos de Cristo, en Judea se hablaba en arameo. El hebreo, ya entonces lengua muerta, sólo sobrevivía en los escritos sagrados. Los galileos empleaban un dialecto del arameo tan diferenciado del empleado por los judíos que hasta una sirvienta lo podía reconocer (“*Tu lengua te ha traicionado*” le grita una sirvienta del Sumo Sacerdote a San Pedro)⁽¹¹⁾ A los galileos les estaba prohibido rezar en voz alta puesto que *su pronunciación defectuosa excitaba la hilaridad.*⁽¹²⁾ Ernest Renan, igualmente, confirma la imposibilidad de los galileos para pronunciar esos sonidos guturales.⁽¹³⁾ Este hecho, según Chamberlain, denota una anomalía de la estructura de la laringe de los galileos, comparada con la de los judíos, y la existencia, así demostrada, de un carácter de orden somático que les diferencia, autoriza la presunción de una fuerte aportación de sangre aria entre los galileos, pues la abundancia de los sonidos guturales es un trazo común a todos los pueblos semíticos y prácticamente no existe entre los arios.⁽¹⁴⁾

Louis Marschalsko, hace notar que las viejas leyes judías protegían a los judíos al máximo y que la sentencia de muerte sólo podía imponerse a un ladrón o a un *estih*, es decir a una persona que intentara persuadir a los judíos de abandonar su credo o causar una brecha en su unidad racial. Según las antiguas leyes y costumbres judías, la posibilidad de escapar de la pena de muerte quedaba abierta en todos los casos, y hasta

el último instante. En el camino entre la prisión y el lugar de ejecución se colocaba un observador cada cien pasos. El deber de dichos observadores era indicar si algún nuevo testigo deseaba aportar testimonio suplementario de descargo en favor del reo. Dichos testigos de última hora se daban a conocer levantando su mano derecha. El reo tenía así derecho a nuevo juicio, y, en ocasiones, según la calidad de la nueva prueba aportada, era indultado *ipso facto*. Es rarísimo que en la procesión que siguió a Cristo hasta el Calvario, nadie, ni uno sólo de sus apóstoles, ni uno siquiera de sus discípulos, ni uno sólo de los judíos que lo vitorearon el domingo anterior en Jerusalén, levantara su mano para testificar en su favor y salvarlo, y aquí, según Marschalsko, reside la prueba decisiva de que Él no era judío, pues el privilegio de un nuevo juicio o de una amnistía - que podía obtenerse aduciendo algún acto meritorio del reo - sólo era aplicable a los judíos, y de él quedaban excluidos los gentiles, los extranjeros, y los que dependían de la ley judía pero no eran racialmente judíos. ⁽¹⁵⁾

Según *Aryas* ⁽¹⁶⁾ una prueba más de que Jesús no era judío los constituyen las dos representaciones suyas encontradas en las catacumbas y que le muestran con faz netamente aria. Por otra parte, la tradición, latina, bizantina, nos muestra siempre retratos de un Cristo rubio, dollicocéfalo, de un tipo ario bien caracterizado. ¿Simple azar? Parece muy dudoso.

El historiador francés Patry ⁽¹⁷⁾ recuerda que en la época de Jesús, Galilea y Perea tenían su propio tetrarca autónomo, mientras Judea e Idumea estaban sometidos a un procurador romano. “*La separación política entre judíos de raza - dice Patry - y judíos de religión, los primeros en Judea y los segundos en Galilea, era completa.*” Subraya Patry que los contemporáneos de Jesús le llamaban *el galileo* y *el nazareno* y no *el betlehemita*. “*De donde resulta - concluye el citado Patry - que Jesús no era un judío semita, porque los judíos semitas no tenían derecho a habitar en Palestina.*” ⁽¹⁸⁾

¿Era Jesucristo, humanamente hablando, racialmente hablando, un judío? Quienquiera que afirme tal cosa, proclama su ignorancia, si confunde raza y religión; su desprecio por la verdad si, conociendo la historia de Galilea, afirma que los galileos eran judíos. Para observar cuán burdo es el error que consiste en confundir raza y religión, fijémonos en esos demasiados numerosos núcleos de budistas que existen en Occidente, particularmente en Flandes y en Holanda, o en los campesinos serbios, bosnios, albaneses que profesan la religión musulmana, importada por los otrora dominadores turcos, y preguntémosnos a quien se le ocurriría llamar árabe a un rubio metalúrgico de Belgrado o chino a un contable de Amberes.

Que judíos y galileos se consideraban como miembros de dos comunidades fundamentalmente diferentes puede comprobarse por poco familiarizado que se esté con los textos evangélicos: San Juan, cada vez que se refiere a *los judíos* parece designar a alguien extranjero, y en el mismo evangelio se dice que “*los judíos decían que ningún profeta ha salido jamás de Galilea.*” ⁽¹⁹⁾

Basándose en los datos que nos proporciona la Historia, en Palestina existía una sola raza pura; una raza que, mediante severas prescripciones se preserva de todo contacto con los demás, y que se llama la raza judía. Hemos dicho - y creemos haber demostrado - que es prácticamente imposible que Jesucristo, el *hombre* Jesucristo, insistimos en ello, perteneciera a dicha raza. Para los que, negligiendo los datos históricos, prefieran acomodarse con los árboles genealógicos que de Él nos ofrecen los Evangelios de San Mateo y San Lucas, solamente podemos decir una cosa: esas genealogías se refieren a San José, y San José no es el verdadero padre de Jesucristo, según los creyentes... y tampoco pudo serlo para los no-creyentes, dada su edad cuando

se produjo el nacimiento de Jesús. Con referencia a su madre, María, los evangelios canónicos nos dicen que era hija de Joaquín y Ana y que nació cuando ésta había pasado ya la edad de maternidad. En uno de los evangelios apócrifos, rechazados por la Iglesia católica, se atribuye la paternidad de Jesucristo a un soldado romano, distinguido por su bravura y apodado, por eso mismo, *Pantera*. Este evangelio es citado por Heckel en uno de sus estudios sobre los primeros tiempos del cristianismo. ⁽²⁰⁾ Así pues, hasta aquellos que pretendan encontrar en Jesucristo todos los defectos deberán aceptar esta evidencia hereje.

¿A qué raza perteneció Jesucristo? La honestidad intelectual impide dar una respuesta categórica, al menos una respuesta categórica de tipo positivo. Negativamente, se puede aseverar que Jesucristo no fue - no pudo ser - judío.

Sólo la Galilea, que se distinguía de las otras tierras de Palestina por ser objeto de desprecio por los mismos hebreos, había sido la cuna apropiada de la nueva fe, precisamente en virtud de su aparente modestia y humildad (de aquí que a los primeros creyentes, pobres pastores y campesinos, torpemente sometidos a la ley de Israel, pareció necesario buscar el origen de su salvador en la estirpe real de David, casi para excusar la atrevida oposición a la ley hebraica) Es ya dudoso que el mismo Jesús haya pertenecido a la especie hebraica, dado que los habitantes de Galilea eran mal vistos por los hebreos, precisamente por su origen impuro. ⁽²¹⁾

La personalidad de un hombre queda impresa en su obra. Así, como la Novena Sinfonía sólo pudo ser concebida por un europeo, o la doctrina confucionista por un chino, aunque se ignorara todo de la personalidad de su autor, es evidente que el cristianismo o el cuerpo doctrinal que ha pasado a la posteridad con ese nombre, no pudo ser obra de un judío. El gran historiador del derecho, Jhering, dice: "*El cristianismo representa una victoria sobre el judaísmo, y encierra en sí, desde su primer origen, un germen ario.*" ⁽²²⁾

La situación en Galilea entre Fenicia y Siria autorizaría, en principio, la presunción en favor de una ascendencia primordialmente asiria, pero nunca judía. Algunos autores, como Chamberlain, Harnack, Hugo, Winckler, entre otros, inclinan a creer, sin poder afirmarlo resueltamente, que Jesucristo descendía de griegos emigrados a Galilea en el siglo IV a.C. ⁽²³⁾ Las descripciones que de su aspecto físico nos han dejado muy escasos documentos y una relativamente abundante tradición oral, nos lo presentan como un ario, pero nada puede afirmarse en concreto, excepto que no fue judío. Sus discípulos eran galileos, como Él, con una sola excepción. La excepción fue Judas Iscariote, es decir, Judas de Kerioth, *una ciudad de la tribu de Judá.* ⁽²⁴⁾

Jesucristo no fue tal judío. No hay judíos en el nacimiento del cristianismo, exceptuando, tal vez, a San Pablo. Pero si se quieren encontrar judíos en el principio de la gesta cristiana, es evidente que se halla un nombre que, siendo él un auténtico judío, desempeñó un papel de primera magnitud en la misma: Judas Iscariote.

Al lado de la pía contra-verdad del judaísmo de Cristo se ha venido gestando, hasta convertirse en otro moderno axioma, el de la identidad entre anti-semitas y nacionalsocialismo, o cualquier otro movimiento o doctrina de semejante cariz. ⁽²⁵⁾ Por otra parte, y con una ausencia total de pudor, se está pretendiendo crear una imagen en la cual, la Iglesia católica - y con ella las demás confesiones cristianas - se presenta como abanderada del sedicente *pueblo elegido*, protegiéndole contra los abusos y las persecuciones de los impíos. Por ejemplo, los cardenales Mercier, belga, Mundelein, norteamericano, y otros, montaron en bíblica cólera en 1938 porque Hitler prohibió a los judíos de Alemania desempeñar cargos públicos. Lo cómico del caso es que tal

disposición tenía un precedente, dado por Su Santidad el Papa Honorio III que, en su bula del 29 de abril de 1221, *Ad nostram noveritis audentiam* prohibía a los judíos de los Estados vaticanos el ejercicio de cualquier carga pública y les obligaba a llevar sobre la ropa un distintivo especial, visible a veinte pasos de distancia, y establecía, a su intención un *numerus clausus*. La clásica objeción: “*Eso fue hace mucho tiempo*”, que puede ser válida en cualquier otro caso o aplicada a cualquier otra entidad, no lo es cuando de aplica a la Iglesia católica, que es, por definición, universal, que está por encima del espacio y del tiempo, y para quien unos cuantos siglos no cuentan gran cosa.

En el panfleto *El problema judío como fue tratado por los Papas (The Jewish problem as dealt with by the Popes)* ⁽²⁶⁾ se mencionan nada menos que veintinueve soberanos pontificios que dictaron cincuenta y siete bulas y edictos relativos a los judíos. Cada uno de estos cincuenta y siete escritos sería considerado hoy *anti-semita*, *neo-nazi*, etc. En ellos se ponen una serie de cortapisas a las actividades de los judíos: se les prohibió emplear sirvientes cristianos; ⁽²⁷⁾ sirvientas, cocineras e institutrices cristianas; ⁽²⁸⁾ ocupar cargos públicos; ⁽²⁹⁾ se manda quemar el Talmud; ⁽³⁰⁾ se les obliga a llevar un distintivo especial visible; ⁽³¹⁾ se recomienda tener mucho cuidado con los conversos; ⁽³²⁾ se prohíbe a los cristianos vivir junto a ellos; ⁽³³⁾ se renueva varias veces esta prohibición y se prohibió a los judíos practicar la industria; ⁽³⁴⁾ se les obliga a rezar en expiación; ⁽³⁵⁾ se les prohibió la venta de objetos nuevos. ⁽³⁶⁾

En tan variado repertorio no faltan las deportaciones y los castigos colectivos: Pío V les expulsa de los Estados pontificios, excepto de las ciudades de Roma y Ancora, aunque reforzando la vigilancia de estos guetos; ⁽³⁷⁾ Clemente VIII les prohíbe primero la venta de objetos nuevos, luego la de objetos viejos, y finalmente les expulsa de su sede, Avignon; ⁽³⁸⁾ el mismo Pontífice les expulsa, luego de Roma y Ancora, ⁽³⁹⁾ etc., etc., etc.

Los Sumos Pontífices que hoy serían tildados de *anti-semitas* fueron: Honorio III, Gregorio IX, Inocencio IV, Clemente IV, Gregorio X, Nicolás III, Paulo III, Julio III, Paulo IV, Pío IV, Gregorio III, Sixto V, Clemente VIII, Paulo V, Urbano VIII, Alejandro VII, Alejandro VIII, Inocencio XIII, Benedicto XIII y Benedictino XIV, que batió el record con seis edictos y bulas relativas a los judíos.

El respetable número de veintinueve Papas y cincuenta y siete bulas *anti-semitas*, podría, aún, ser notoriamente ampliado, de no ser porque, a partir de la bula *Beatus Andreas* de Benedictino XIV (22 de febrero de 1755) - que se refiere al martirio de un niño cristiano por los judíos y cuya severidad de tono no la mejoraría el Dr. Joseph Goebbels - la mayor parte de las bulas y edictos se refieren ya a temas generales, ya a cuestiones de doctrina. La situación de los judíos en los Estados pontificios, e incluso en otros soberanos católicos, fue regulada por decretos y ordenanzas papales.

Hacia el triunfo de la revolución italiana de 1759, y la posterior desaparición de los Estados pontificios, las regulaciones concernientes a los judíos de Roma fueron muy estrictas, con ocasionales relajaciones de severidad. El carácter común de todas las medidas tomadas fue el proteger a las comunidades cristianas contra la penetración de la raza judía y las ideas talmúdicas. Dichas medidas pueden ser agrupadas en cuatro categorías:

1) Medidas de protección directas de la fe católica:

- 1.1) Destrucción del Talmud.
- 1.2) Prohibición severa de la enseñanza del Talmud e incluso de la Biblia, sin previo control.

2) Medidas encaminadas a asegurar la separación social de judíos y cristianos:

- 2.1) Confinación en el gueto.
- 2.2) Prohibición general - a judíos y a cristianos - de cohabitación, en el sentido más amplio de la expresión.
- 2.3) Uso de vestidos y distintivos especiales.
- 2.4) Expulsión absoluta en ciertas áreas.

3) Medidas asegurando la protección de ciertas profesiones, preservándolas de la influencia judía:

- 3.1) Cargos públicos.
- 3.2) Profesiones liberales, especialmente la medicina.
- 3.3) Enseñanza.
- 3.4) Banca.
- 3.5) Ciertos tipos de comercio.
- 3.6) Propiedad de los terrenos.

4) Medidas concernientes a la raza:

- 4.1) Prohibición del empleo, por los judíos, de sirvientas niñas, cocineras, y en general, toda clase de obreras femeninas, no-judías.
- 4.2) Prohibición de matrimonios mixtos (considerado como un principio universal por la cristiandad)

La carta encíclica de Su Santidad Benedicto XIV enviada al primado, arzobispos y obispos de Polonia relativa a las prohibiciones a los judíos residentes en las mismas ciudades y distritos que los cristianos polacos es un documento que, en la actualidad, le habría costado a su autor, por muy vicario de Cristo que fuese, el honor del patíbulo en cualquier eclesiástico Núremberg. Empieza Su Santidad recordando la tradición católica de la nación polaca y haciendo hincapié en las resoluciones del Consejo de Petrikac (Petrikov), presididas por el nuncio Lipomanus, obispo de Verona... En dicho consejo y para la mayor gloria de Dios el principio de libertad de conciencia fue proscrito y definitivamente excluido de entre los principios, gobernando la vida pública del reino. Recuerda, luego, el vicario de Cristo, las resoluciones del sínodo de la provincia de Gnesen, en las cuales los obispos polacos tomaron sabias medidas para la preservación de su rey contra la *perfidia judía*.

Su Santidad de lamenta, luego, de *catastróficas noticias* que han llegado a su conocimiento. He aquí las *catastróficas noticias*: “*El número de judíos ha aumentado considerablemente; los judíos de han constituido en monopolios, concretamente en el mercado de licores; se han hecho propietarios de inmensas heredades; y han llevado su osadía hasta el punto de convertirse en recaudadores de impuestos.*” Llama luego la

atención sobre el hecho de que algunas cristianas hayan entrado al servicio doméstico de judíos, lo que califica de *monstruosa anomalía*. Después de pedir que, como reacción no se cometan abusos y exacciones contra los judíos, Su Santidad reclama la vuelta *al orden sano de las cosas* y a la completa separación (el *apartheid*, diríamos hoy) de ambas comunidades, judía y cristiana, con predominio de esta en la vida civil.

Incluso prescindiendo por un momento de su aspecto divino, una sociedad como la Iglesia católica, dos veces milenaria, no toma sus decisiones alegremente, y sin pensar detenidamente los pros y los contras. Sería insultar gravemente el intelecto y la sensibilidad de veintinueve Pontífices, y de centenares de arzobispos, cardenales, obispos - muchos de ellos en los altares - que dictaron medidas *anti-semitas*. Parece lógico suponer que si tomaron tales medidas, sus poderosos motivos tendrían. En los últimos doscientos años el judaísmo ha creado dos monstruos, el capitalismo y el comunismo, ha perpetrado la revolución *rusa* y la expoliación de Palestina, y ha contribuido poderosamente al desencadenamiento de dos guerras mundiales, entre otros muchos *éxitos* a cargar a su cuenta. Estamos convencidos de la existencia de muchos judíos decentes, inocentes de los crímenes que el judaísmo ha cometido y comete, aunque haremos constar que no hemos encontrado ni un judío - ¡ni uno solo! - que se haya desolidarizado de sus congéneres del Kremlin, de Wall Street... o de Palestina.

No vemos, pues, ningún motivo especial para creer que las medidas *anti-semitas* de la Iglesia, que debieron ser buenas durante dieciocho siglos, se volvieran malas con la aparición del comunismo, el capitalismo y el Estado pirata de Tel-Aviv.

Notas

- (1) Houston Stewart Chamberlain: *Fundamentos del siglo XIX (The Foundations of the Nineteenth Century)*, pág. 286, Payot (editorial suiza)
- (2) *Ibíd.*, pág. 287.
- (3) Willhausen: *Historia de Israel y los judíos (Israelische und Jüdische Geschichte)*, pág. 74.
- (4) Ferenc Zajhty: *Húngaros milenarios (Hungarian millennia)*, pág. 83 y 85.
- (5) *Ibíd.*, pág. 88.
- (6) Houston Stewart Chamberlain: *Fundamentos del siglo XIX*, pág. 285.
- (7) Albert Reville: *Jesús de Nazareth*, tomo I, pág. 416.
- (8) Houston Stewart Chamberlain: *Ibíd.*, pág. 289.
- (9) *Libro II de los Reyes*, XVII, 24.
- (10) Graetz: *Historia popular de los judíos (Volkstümliche Geschichte des Juden)*, tomo I, pág. 97.
- (11) Evangelio de San Juan, VII, 52.
- (12) Graetz: *Ibíd.*, pág. 575.
- (13) Ernest Renan: *Lenguas semíticas (Langues sémitiques)*, pág. 230.
- (14) Max Mullera: *Ciencia del lenguaje (Science of language)*, pág. 169.
- (15) Louis Marschalsko: *Conquistadores del mundo (World conquerors)*, pág. 19.
- (16) *La verdadera Europa (L'Europe Réelle)*, N^{ro}. 103, agosto de 1968, Bruselas.
- (17) Patry: *La religión en la Alemania de hoy (La religion dans L'Allemagne d'aujourd'hui)*, pág. 165.
- (18) La separación entre judíos y galileos era tan acusada que, según cita Franz Michel Willam en *La vida de Jesús en el país y pueblo de Israel* (pág. 146), existía un refrán que decía: “Los galileos estiman más el honor que el dinero; los judíos más el dinero que el honor.” Este solo hecho marca ya una diferenciación profunda entre los dos pueblos.
- (19) Evangelio de San Juan, VII, 52.

- (20) Savitri Devi: *Paul de Tarro*, pág. 1.
- (21) Richard Wagner: *Religión y arte*, pág. 18.
- (22) Jhering: *Antecedentes de los indoeuropeos (Vorgeschichte des Indoeuropäer)*, pág. 300.
- (23) El publicista norteamericano Howard B. Rand, hace notar, en su panfleto editado por la Cruzada Nacional Cristiana (*Christian National Crusade*) de Los Angeles, California, que Jesucristo no fue un judío, en el sentido en que los judíos son definidos hoy. Insiste en que, según la Biblia, la palabra *judío* aparece, por primera vez, en el Libro II de los Reyes (XVI, 6) donde se llama *Yehudim* (judíos, hijos de Judá) a los miembros de una tribu del sur de Palestina, y que los descendientes de esa tribu son los actuales judíos. Los descendientes de las otras tribus, las llamadas tribus perdidas, es decir David, Benjamín, Dan, Zabulón, etc., no tienen nada que ver con los actuales judíos - de la tribu de Judá únicamente - y se mezclaron en Rusia (el actual Kazajistán) con los khazares, una tribu turco-mongola que adoptó la religión judía. Estos son los actuales judíos, quienes ni por su raza khazar (turco-mongola) ni por su rama palestina (de la tribu de Judá) tienen el menor parentesco con las mencionadas, incluida la de David de la cual se dice descendiente el padre de Jesús.
- (24) Libro de Josué: XV, 25.
- (25) Evidentemente, utilizamos esta expresión a sabiendas de su inexactitud y como concesión a la inercia mental imperante, que altera el significado de las palabras; antisemitismo, que etimológicamente significa *contrario a los semitas* es decir, a los pueblos de estirpe de Sem, incluyendo a los árabes, se ha convertido, con el babelismo conceptual que padecemos, en *oposición a los judíos*.
- (26) Editado por la Cruzada Nacional Cristiana en St. Louis, Missouri.
- (27) Gregorio IX: *Sufficere debuerat perfidiae Judaeorum*.
- (28) Inocencio IV: *Impía Judaeorum perfidia*.
- (29) Honorio III: *Ad nostram noveritis audentiam*.
- (30) Inocencio IV: *Impía Judaeorum perfidia*.
- (31) Además del mencionado Honorio III, Martín V: *Saedes Apostólica*.
- (32) Juan. XXII: *Ex parte vestra*.
- (33) Eugenio IV: *Dudum ad nostram audientiam*, Calixto III: *Si ad repreminfos*.
- (34) Paulo IV: *Cum nimis absurdum*.
- (35) Gregorio XIII: *Antigua Judaeorum improbitas y Sancta Mater Ecclesiae*.

(36) Clemente VIII: *Cum saepe accidere.*

(37) Pío V: *Hebraeorum gens.*

(38) Clemente VII: *Caeca et obdurata.*

(39) *Ibíd.*

“¿Era Jesucristo, humanamente hablando, racialmente hablando, un judío? Quien quiera que afirme tal cosa, proclama su ignorancia, si confunde raza y religión; su desprecio por la verdad si, conociendo la historia de Galilea, afirma que los galileos eran judíos.”

(Joaquín Bochaca)